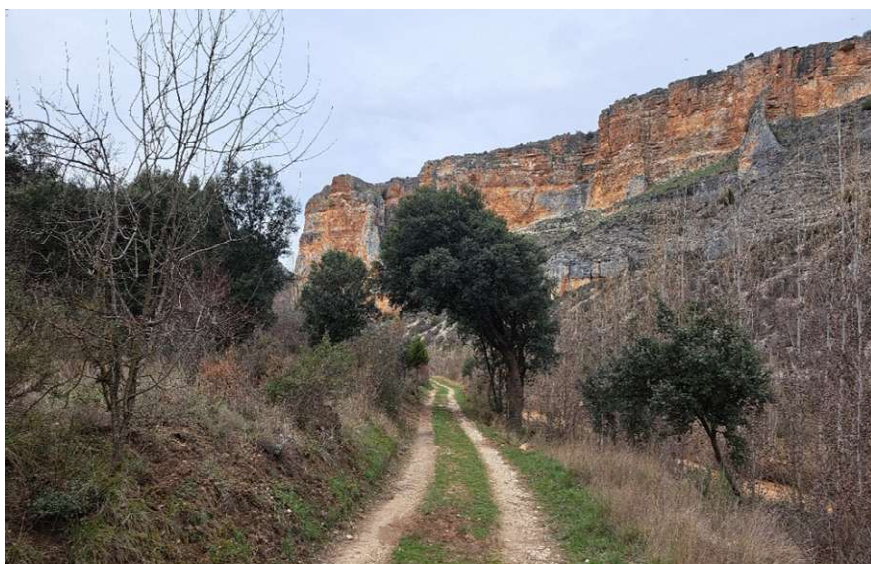


## Caminando al Casuar por las Hoces del Riaza

*Carlos Calvo*

El soto de la ermita de San Martín del Casuar es uno de los parajes más sugestivos de la provincia de Burgos y acercarse a él nos lleva algo menos de una hora de coche desde Peñafiel; decimos



acercarse, porque para llegar allí hay que andar

por las sendas de las Hoces del Río Riaza, lo cual no es un Cinconveniente, sino, más bien, todo lo contrario. Y, dadas las distancias, se trata de una excursión muy fácil de programar: metes algo de avío en la mochila, añades una botella de agua, te pones calzado cómodo para andar y te apuntas a unas horas de goce estético, ejercicio razonable y salud mental.

Un aviso a quien quiera llevar a cabo la experiencia: el primer requisito antes de lanzarse a deambular a la buena de Dios es pasarse por La Casa del Parque, el centro de interpretación e información que el Parque Natural Hoces del Río Riaza regenta en Montejo de la Vega de la Serrezuela. Allí se puede conseguir toda la información sobre las muchas posibilidades de andares y caminos que ofrece la escapada y (¡muy importante!) allí se expenden las pertinentes autorizaciones oficiales para transitar por las veredas próximas al río, ya que esas sendas están muy controladas, aunque no prohibidas, desde el 1 de enero hasta el 31 de julio; ningún problema para grupos de, como máximo, 10 personas.

Cuando explico mis intenciones al amable encargado de la Casa del Parque que me atiende, me sugiere dos trayectos para llegar a San Martín del Casuar: la senda PRG-SG-7, que sale del aparcamiento habilitado en Valdevacas de Montejo y llega hasta la ermita, y la PRG-SG-6, la “Senda del Río”, que, como su nombre indica, **discurre al lado del río desde Montejo hasta el pie de la presa del pantano de Linares.**

Yo me diseño un itinerario mixto, de no demasiada dificultad, que pasea por parte de ambas rutas y me obligará a caminar durante dos horas y media aproximadamente (diez kilómetros, más o menos, no me pidan mucha precisión) para hacer el camino de ida. Aquí valen

las dos posibilidades habituales: programar una combinación de coches o atreverse a realizar andando la ida y la vuelta del trayecto. Bien documentado, me traslado en coche hasta el aparcamiento habilitado en las proximidades del pie de presa del pantano de Linares (Montejo de la Vega-Fuentecespied-carretera SG-945 a Maderuelo-desvío al pie de presa) y ahí se queda el vehículo porque desde ese punto sobran los motores.



Inmediatamente me alegro de mi elección, porque inicio un descenso de paisaje espectacular hasta el borde de río, con la hondonada al fondo y el airoso viaducto de la línea férrea Madrid-Irún cosiendo farallones de un lado a otro de la hoz. Llagado al final de la

bajada, cruzo uno de los puentecillos que se me ofrecen y comienzo a internarme por el fondo de las estrechuras; un camino llano y fácil a través de una garganta de 150 metros de profundidad y 300 metros de anchura . Siempre acompañado del Riaza, que murmura y discurre a la vista a mi derecha, paso bajo los arcos del viaducto y avanzó entre los riscos imponentes que hacen de fondo de escenario a lo largo del recorrido.



Los folletos conseguidos en la Casa del Parque hablan de un encinar espeso y de un bosque abierto de sabinas (árboles singulares del Parque) al otro lado del río. Y allí estaban, encinares y sabinar. En cuanto a la fauna, parece que puede uno toparse con nutrias en el río, murciélagos ratoneros (si se interna en las



cuevas), jabalíes, corzos, zorros y también con mucha microfauna; son todos ellos animales esquivos a los hombres y hacen bien. Yo no me encontré con ninguno.

Pero es su comunidad de voladores lo que, allá por los años 70, llevó a Félix Rodríguez de la Fuente a ver en las Hoces del Río Riaza un refugio oficial para aves rapaces y lo que les otorga ahora, además de su condición de Parque Natural de Castilla y León (2004), un lugar en la

red de espacios de especial protección para las aves. Y sí, majestuosos buitres leonados surcaban continentemente el cielo durante mi caminata, posándose y desplegando el vuelo desde los labios de los despeñaderos que dominaban mi perspectiva. Dicen los papeles y las Wikipedias que a lo mejor también podría haber visto alimoches, águilas culebreras y halcones peregrinos, pero uno ya no tiene los ojos para hacer muchos distinguos en la distancia.

A pesar de las huellas de las obras de mantenimiento que se están realizando en la ermita del Casuar, que mermen un poco el encanto de su soto e impidan el paso al interior de sus paredes derruidas, no me defraudó el paraje cuando, al fin, me encontré frente a los restos de la iglesia de San Martín, de la Villa del Covasuar, ruinas de un templo románico muy primitivo del siglo XI de observancia benedictina, priorato de San Pedro de Arlanza desde el 913 por donación de Fernán González y su madre. Del abandono y destrucción de villa y templo esta vez no tuvo la culpa la Desamortización; por lo visto, los franceses de Napoleón pensaban que por allí se escondía El Empeinado y ya sabemos que eran tipos que no se andaban con excesivas consideraciones , arrasaron el poblado y su iglesia a principios del siglo XIX.

Las ruinas, que tienen consideración de *bien de interés cultural* desde 1997 y se encuentran incluidas en la lista de patrimonio en peligro, están constituidas por el marco de los restos de las paredes que conformaban una nave, con varias columnas decoradas y dos arcos en muy mal estado, y un ábside de tambor con canecillos.

Mi descripción proviene en parte de información escrita, ya que las obras impiden el acceso al interior desarbolado. Sí se pueden contemplar desde el exterior las tres ventanas abocinadas de lo que queda del ábside. Coronadas por arquillos de medio punto, robustas y primitivas a mí me parecieron muy atractivas en su sencillez



Piedras antiguas entre riscos imponentes y vegetación, sonido del agua..., la ribera del Riaza ofrece aquí un lugar hermoso para interrumpir la marcha, agradecer el día, que ha salido soleado, y descansar, antes de abandonar la senda PRG-SG-6 y continuar ruta hacia Valdevacas por la PRG-SG-7, también bien indicada en las inmediaciones.

Ahora el camino se hace en ascenso, no muy pronunciado, aunque ya pesen las piernas. Nos adentramos por otra hoz, más humilde, aunque

también preciosa, que conduce aguas laterales hacia al Riaza. Después, la senda se ensancha y el paisaje se abre por las tierras de labor de Valdevacas de Montejo. Antes de llegar a la población encontramos el aparcamiento donde se podrán acabar los esfuerzos, muy asumibles, si así lo hemos organizado. Si no, el trayecto de ida y vuelta a pie hace que la caminata pase de la categoría de fácil a un poco fatigosa. Por lo menos, por lo que a mí respecta.

En cualquier caso, la jornada ha merecido la pena, aunque no hayamos apurado todas las posibilidades de disfrute de las Hoces del Río Riaza. Habrá que volver y estudiar otras pisadas. De momento, nos pondremos al ordenador para explicar la experiencia en la revista de la Torre del Agua, porque estos espléndidos terrenos, joya del patrimonio natural, merecen la pena, se encuentra en una comarca vecina y, sí o sí, se deben visitar.